

**COLEGIO SALESIANO
SAN VICENTE FERRER**

A L C O Y



Queridos hermanos:

Con sentimiento y dolor os comunicamos la triste noticia del fallecimiento de nuestro hermano,

RDO. D. JUAN MARÍN DEL AMOR

quién, tras 73 años de peregrinar por la vida, ha llegado ya a la Casa del Padre el día 16 de Enero de 1985.

Todas las mañanas una alegre melodía se difunde por todo el recinto de la Comunidad. Es la expresión simbólica de la llamada de Dios que invita a los hermanos a despertar del sueño reparador de la noche y a iniciar una nueva jornada de oración y trabajo.

Ese día 16 de enero los altavoces permanecieron mudos. Por primera vez nuestro querido don Juan, despertador oficial de la comunidad, había faltado a la cita matinal. Acudimos presurosos a su habitación y lo encontramos ya cadáver en su cama como si estuviera serenamente dormido con las manos sobre el pecho. Había volado al cielo, despertando del sueño de la vida en los brazos del Padre y en los de nuestra Madre Auxiliadora, donde ciertamente habrá recibido ya el premio prometido por Dios al siervo bueno y fiel.

Si la muerte repentina de nuestro hermano nos ha impresionado, nos consuela el saber que en modo alguno ha sido imprevista. Vivía constantemente preparado para el gran paso, lo deseaba ardientemente y así lo pedía en sus oraciones. Se nos ha ido, pues, como él quería haberse marchado, sin causar molestias, a la chita callando.

SU "CURRICULUM VITAE"

Don Juan había nacido el día 2 de diciembre de 1911 en Cehegín (Murcia), en el Santuario de la Virgen ubicado en la pedanía de Canara y del que sus padres, Juan y Ana María, eran los santeros. En aquel ambiente de devoción mariana pasó Juan sus primeros años hasta que, a los cinco, perdió a sus padres.

Juan y sus dos hermanos, un niño y una niña, fueron recogidos por unos tíos que se preocuparon de ingresarlos en diversos centros asistenciales. Así fue como don Juan entró en nuestras Escuelas de Sarriá (Barcelona), donde cursó los estudios elementales y donde germinó en él la llamada de Dios a la vida sacerdotal y salesiana.

Ya desde niño —un niño sencillo, de gran vivacidad y con una bonita voz que conservaría toda su vida— se distinguió por su piedad, su aplicación y su amor a la Virgen. Los superiores no dudaron de sus buenas cualidades y de su aptitud para la vida salesiana y lo encaminaron a Campello (Alicante), para hacer el aspirantado.

Una vez terminados aquellos cuatro años de Campello, considerados por don Juan como unos de los más felices de su vida, se traslada a Gerona con sus otros 24 compañeros para iniciar el año de noviciado. ¡Con qué ilusión y complacencia rememoraría siempre el haber pertenecido al noviciado más numeroso de aquellos tiempos! El día 29 de julio de 1930 se consagraba a Dios por la Profesión Religiosa y emprendía seguidamente los estudios de Filosofía. En la casa de Sarriá, por él tan bien conocida, hizo el trienio práctico de vida salesiana.

El estallido de la guerra civil truncó su camino hacia el sacerdocio. Nada sabemos de sus andanzas a lo largo de los tres años de la contienda, sólo nos contaba haber estado en Tarragona de mozo de servicio en una gasolinera. Lo cierto es que, al término de la guerra, vuelve a integrarse de nuevo en la Congregación y, tras un año de prueba en Mataró (Barcelona), hace su profesión perpetua el 11 de setiembre de 1940 y marcha a Carabanchel Alto (Madrid) a completar sus estudios de Teología.

El día 19 de diciembre de 1942 es el día más grande de su vida, el día en que va a ver colmadas sus grandes ilusiones y esperanzas de llegar a ser sacerdote, el día grande en que de manos del Obispo de Madrid, Mons. Eijo y Garay, va a ser ordenado sacerdote para siempre. Y se dispuso a ser, desde aquel mismo día, un sacerdote según el corazón de Dios y el de D. Bosco.

De los diversos lugares y casas donde ejerció D. Juan el apostolado salesiano y sacerdotal, recordará siempre con gran cariño y cierta nostalgia los años de consejero en Villena (Alicante), los cuatro de director de los aspirantes de Campello y, cómo no, su querida casa de Sarriá. Pero, sin lugar a dudas, es en Alcoy donde verdaderamente halló su segunda patria. Aquí consumió, entre las dos casas, 25 años de su vida.

RASGOS SOBRESALIENTES DE SU VIDA

a) “Si no os hiciérais como niños...” Nuestro don Juan era de un natural alegre, vivaz y cordialmente comunicativo, todo ello rodeado de un halo de sencillez e inocencia que cautivaba a cuantos lo trataban, especialmente a los niños. No es de extrañar, pues, que se entendiera con ellos a las mil maravillas. Los niños lo querían, se encontraban a gusto con él y él, a su vez, con los niños. Como buen salesiano don Juan había convertido su vida en un permanente acto de servicio en pro de los niños.

Ese natural aire de sencillez e inocencia, que emanaba de su persona y afloraba en cada uno de sus actos, nuestro hermano lo había sabido convertir en piedra de toque de su propia santificación. Llevaba siempre consigo, de día y de noche, una libretita espiritual con oraciones y más de cien pensamientos, que nosotros llamábamos, jocosamente, “piticlineos espirituales”. En ella leemos: “Seré santo, sencillo, servicial y sincero”. Más adelante escribía: “Dame, Señor, un día lleno de alegría, inocencia y paz para que, llegado a la noche, pueda recibir tu beso complaciente de Padre”. Era tal su delicadeza en el hablar y en el trato con todos y tales sus reacciones frente a cualquier escena inconveniente de la grande o pequeña pantalla que, con toda seguridad, ningún día llegó a faltarle el beso complaciente del Padre.

Don Juan era conocido por todos como “don Juan del Bartolín”, pues durante los años de su estancia en Alcoy estuvo encargado del pequeño bar donde se vendía un poco de todo: caramelos, bocadillos, refrescos y hasta objetos de librería. A los muchachos que le ayudaban se les llamaba bartolineros. No era raro ver acercársele algún joven y decirle:

— Don Juan, ¿me conoce? Yo estuve con usted de bartolinero.
Lo normal era que ni se acordara. ¡Habían pasado tantos!
Pero demuestra el recuerdo que conservaban de nuestro hermano.

b) “El Maestro ha llegado, está aquí y te llama”.

Puede que las nuevas generaciones de salesianos vivamos menos condicionados por el hecho de la puntualidad, pero no deja de maravillarnos el ver a nuestros hermanos mayores practicarla con tanta naturalidad y exactitud, sensibilizados y familiarizados con la idea de que la campana es la expresión de la voz de Dios que llama:

Nuestro hermano don Juan era un verdadero reloj de precisión, que si en algo pecaba era de adelantarse. Poco antes del comienzo de cualquier acto comunitario ya se encontraba indefectiblemente en su sitio a la espera de su inicio. Siguiendo sus movimientos bien puede decirse que sobraban todos los relojes y por más que se le insinuara en plan de broma que gastaba el reloj de tanto mirarlo, el seguía dándonos a todos, con ejemplar constancia, su callada lección de puntualidad.

c) “Cantad al Señor que la música es buena”.

Sobre la puerta de su habitación y la del Bartolín, así como en la lápida de su sepultura, se podría muy bien escribir la conocida frase latina: “Ne impediás musicam”. Porque don Juan fue un gran enamorado de la música. El mismo nos refería que, siendo aspirante, quiso aprender a tocar el piano, pero que fue rechazado con un “tú no sirves para eso”. Sin embargo, toda su vida salesiana discurrió ligada a la música, más de cuarenta años.

El que don Juan no llegara a ser nunca un virtuoso del piano no le resta mérito alguno al hecho de que aprendiera lo suficiente para poder apañarse y salir adelante a base de entusiasmo y tesón. Lo que sí supo hacer bien es enseñar a cantar a los niños. La escolanía que formaba en cada una de las casas, a las que la obediencia le destinó, gozaron de la estima general y contribuyeron, en gran medida, a dar realce a las funciones sagradas y a las veladas teatrales en las principales fiestas salesianas. La música era para nuestro hermano una ocasión más de hacerse útil a la Congregación y de servir a los niños.

Hemos dicho que tenía una bonita voz y como, además, cantaba bien, su intervención en las sobremesas de fin de Ejercicios Espirituales y en nuestras tradicionales fiestas salesianas era número obligado que se esperaba y escuchaba con agrado.

d) “He aquí a tu madre”.

María Auxiliadora lo era todo en la vida de don Juan. Esta afirmación no es un tópico más que siempre cae bien al hablar de la vida y milagros de un salesiano. En la vida de don Juan pasa de ser devoción o amor extraordinarios para convertirse en auténtica pasión filial por su Madre.

"Santificarse es querer a la Virgen y procurar complacerla en todo", leemos en su libretita de apuntes espirituales. Toda su gran preocupación de cada día consistía en ver cómo podría expresarle mejor su amor, porque todo le parecía poco en tratándose de la Madre del cielo: celebraba misa de la Virgen todos los sábados y fiestas en que lo permitían las rúbricas, rezaba las tres partes del santo Rosario diariamente, hacía continuas visitas ya al Santuario, ya a la capilla de la comunidad o bien se detenía largamente al pie de la escalera donde se guarda en una peana la imagen procesional de María Auxiliadora. Había formado una pequeña bibliotequita de libros marianos que leía y releía ininterrumpidamente en sus lecturas personales y en la meditación de todos los días.

Los días 24 de cada mes parecía que don Juan se transfigurara. Nunca dejó de asistir a los actos de la Conmemoración de nuestra Madre Auxiliadora para solemnizarlos con su grupito de cantores o, a falta de éstos, con su intervención personal. El médico le había prohibido todo esfuerzo a raíz de haber tenido dos amagos de infarto de miocardio, pero él aseguraba que mientras tuviera un hilito de voz jamás faltaría a la cita con la Madre.

Con esa sencillez y gracia suya, todo inocencia, salía los días 24 a recorrer las calles, tiendas y algún establecimiento bancario con una caja de farías repleta de caramelos, preguntando a uno y a otro:

—¿Qué día es hoy? ¿Qué celebramos?

Y al contestarle que era día 24 dedicado a María Auxiliadora, abría pomposamente su caja de puros y le obsequiaba con un caramelito. No importaba que fueran pequeños o mayores, hombres o mujeres, sólo le importaba que recordaran a la Madre.

¡Cuántas sencillas personas, al conocer su muerte inesperada, murmuraban tristes: ¿Quién nos repartirá ahora los caramelos?

Hermanos: Don Juan ya no está con nosotros, se nos ha ido para siempre. Pero estamos seguros que nos espera en el cielo gozando de Dios y de María Auxiliadora a la que tantísimo amó.

Apenas conocerse la noticia de su muerte muchos Antiguos Alumnos, Cooperadores, padres de alumnos y amigos de la casa se personaron en el Colegio para testimoniarnos su condolencia y rezar ante sus restos mortales. La Misa Exequial congregó a gran número de personas que llenaron por completo el Santuario, llegando también muchos hermanos nuestros de las distintas comunidades de la Inspectoría que quisieron acompañarnos en nuestro dolor. Presidió las honras fúnebres el Rdo. D. Ismael Mendizábal en representación del Sr. Inspector, concelebrando con él 46 sacerdotes entre salesianos y representantes del clero parroquial.

La Misa de octava quisimos que se celebrara el día 24 de enero, seguros de que a don Juan le habría gustado que fuera así. La presidió el Muy Rdo. Sr. Inspector D. Miguel Asurmendi con otros 12 sacerdotes y el Santuario nuevamente lleno de fieles. La Coral Polifónica de la Ciudad, en homenaje al querido don Juan, quiso dar solemnidad a la Eucaristía con sus escogidas interpretaciones.

Os agradeceremos un recuerdo y una oración por nuestro hermano y por esta Comunidad.

Comunidad Salesiana
del Colegio San Vicente Ferrer
ALCOY

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sacerdote JUAN MARÍN DEL AMOR

Nació en CEHEGIN (Murcia) el 2 de diciembre de 1911

Falleció en ALCOY el 16 de enero de 1985

a los 73 años de edad y 54 de profesión religiosa